

ARTURO BAIBIENE, ELBA RAMÍREZ ABELLA, ALBERTO PAIRA Y LILIANA PIZÁ

26 de abril de 1977

Arturo Baibiene y Elba Ramírez Abella vivían con sus hijos Ramón y Leticia en la calle Callao (10) N°2629 entre Brandsen y Avellaneda; y durante un tiempo compartieron la vivienda con Alberto Paira y Liliana Pizá, compañeros de militancia. Debido al avanzado embarazo de Liliana se mudaron a La Plata donde en noviembre del 76 nació Julia. El 26 de abril de 1977, Alberto tenía un par de reuniones en Berisso y fueron a dejar a la beba de tan solo 5 meses, al cuidado de Elba.

Esa mañana muy temprano, llegaron al barrio de Villa Paula camiones del Ejército. Bajaron militares con fusiles, rodearon la cuadra y junto con los camiones arribaron los autos con hombres vestidos de civil que ingresaron por la fuerza a la casa de Arturo y Elba. María Rosa Gui, prima de Elba Ramírez Abella, declaró en el Juicio por delitos de lesa humanidad cometidos en el Centro Clandestino de Detención Tortura y Exterminio “La Cacha”, que Leticia, la hija mayor del matrimonio un día dijo: *“yo sé lo que le pasó a mi mamá. Pasa que mi mamá se portó mal. Y porque se portó muy mal, le pegaron. Y no sabés cómo le pegaron, Tía. Le pegaron con los puños cerrados, en la espalda, le preguntaban por mi papá y le pegaron y le pegaron”*. Además de recordar cómo golpearon a su mamá, mencionó que fue un hombre de bigotes quien le dijo a la pequeña que golpeaban a su madre porque se había portado mal. La imagen que perduró en su memoria era un patio de baldosas blancas y negras en la que aquellos hombres con armas rodeaban a su mamá y querían hacerle creer a una nena de tres años y medio, que su mamá era una mala persona.

Los vecinos vieron a plena luz del día cómo sacaban envuelta en una sábana a Elba y la introducían en un Ford Falcon. Los chicos fueron dejados en casa de uno de los vecinos del barrio. Horas más tarde una persona que se presentó como la abuela de los chicos se los llevó. Días después del hecho, el comisario de Berisso, que conocía al padre de Elba, le comunicó lo sucedido y así pudo recuperar a sus dos nietos y a la hija de los Paira, que luego fue entregada a sus abuelos.

Julia, la hija de Alberto y Liliana, en el mismo juicio pudo reconstruir la ratonera y la persecución con el detalle de una serie policial: “mi papá estaba con Carlos Alaye y otros compañeros en una reunión, cuando alguien les avisa que estaban realizando un operativo en la casa de Callao y Brandsen. Le dicen que no vaya, quisieron persuadirlo, que era un suicidio con el barrio atestado de milicos, pero él va igual, les dice: *“cómo no voy a ir si ahí está mi familia”*. Después de llevarse a las mujeres y los chicos, algunos hombres permanecieron en el domicilio. Al mediodía Alberto Paira se dirigió al lugar. Fue reconocido por quienes estaban agazapados y al darle la voz de alto, intentó escapar corriendo, lo persiguieron y lo asesinaron por la espalda, a unas cuadras del lugar, *“sale de la calle 10, dobla en 152, vuelve*

a doblar en 11 y ahí se tropieza, se cae a una zanja y ahí es dónde le disparan. Hablaron de que no estaba del todo muerto o que el tiro no había sido mortal por eso ante la pregunta de uno de los miembros de la fuerza sobre '¿qué hacemos con éste?', la respuesta fue 'rematalo', dejando su cuerpo durante horas tirado en la calle'; Julia concluyó diciendo que los vecinos del barrio le mencionaron que hubo un reto para quienes asesinaron a su padre, ya que los superiores lo querían vivo para poder sacarle información. Por esa razón, se supuso que el destino antes de su asesinato hubiera sido "La Cacha".

En horas de la tarde Arturo Baibiene estaba llegando a su hogar, se dio cuenta de la presencia de la patota armada y siguió caminando; no entró, pero un vecino de apellido Taborda, miembro de la Policía de la provincia de Buenos Aires, lo identificó y lo delató: *"¡Es ese!".* Arturo corrió, a una cuadra y media lo hirieron en un terreno baldío que tenía un cañaveral. En las condiciones que estaba lo subieron a una camioneta y lo llevaron a su casa, al rato comenzó a sonar música a todo volumen intentando tapar los gritos, que terminaron después de un disparo. El silencio inundó la casa y la calle.

Tres días después, el diario *La Nación* publicó sobre un procedimiento a cargo del Primer Cuerpo del Ejército realizado en la ciudad de Berisso, mencionaba que había detenidos, incluida alguien cuyo sobrenombre era "La Negra". En los diarios platenses *El Día* y *La Gaceta*, el título fue más contundente: *"Abatieron dos subversivos en un enfrentamiento en Berisso"*, con la foto de Arturo Baibiene en la portada. Ramón su hijo menor, a su turno mencionó *"que en ese momento era difícil explicar que no había sido un enfrentamiento y que a mi casa entraron 30 personas con armas largas y con quienes se 'enfrentaban' era con una mujer, un nene de un año y medio, una nena de 3 años y una bebita de 5 meses"*.

"Mi marido y mi suegro se habían enterado una noche antes, lo habían escuchado por Radio Colonia pero no me habían querido decir, yo me enteré por el diario" sostuvo María Rosa Gui, quien llamó a su madre para comunicarle lo que había pasado; decidieron ir a la casa de Elba y Arturo en Berisso. *"Yo iba con miedo y preocupación, tenía 21 años. En el diario dijeron tiroteo y enfrentamiento, pero no fue así, al entrar a la vivienda estaba todo desordenado, no había ni la ropa de los niños, sacaron todo, dismantelaron la casa. Los represores se habían llevado muebles, la cocina, hasta los juguetes, ni las canillas dejaron. ¡Se robaron todo! Se llevaron hasta la calesita que les habíamos regalado a los chicos"*.

El cuerpo de Alberto Paira fue entregado a sus padres con la condición de que lo enteraran como NN, cosa que hicieron en el cementerio de Santo Tomé, provincia de Santa Fe. Julia describió con precisión la cadena de complicidades civiles para despojarlo hasta de su nombre. En el libro de ingresos de la morgue, su padre y Arturo son NN, y los médicos, un tal Dalbón y el jefe de guardia Dr. Cifardo, consignaron *"destrucción de masa encefálica por herida de arma de fuego"*, pero no describían los golpes ni las torturas. En las actas de defunción del Registro de las Personas había datos cambiados, y nuevas firmas: Héctor F. Rodríguez y Héctor Luchetti. Mirando al juez, Julia pidió que se investigue la complicidad de esos profesionales. Las crónicas periodísticas informaron el desmembramiento de la "Columna 27" de Montoneros a la que pertenecían Arturo, Elba, Liliana y Alberto. Según constaba en los diarios, mencionaron a *el Ruso* Alberto Paira, Arturo *Rodolfo* Baibiene, a Liliana Pizá responsable territorial de Berisso, a quien llamaban *la Negra* o *la negrita* y de Elba *Lía* Ramírez Abella, responsable de prensa. Las mujeres fueron vistas en "La Cacha".

ARTURO BAIBIENE Y ELBA RAMÍREZ ABELLA

Arturo y Elba militaban en la unidad básica “Evita Capitana”, una casilla humilde que estaba pasando el puente de la 66, en el corazón del barrio Santa Teresita, en las actuales calles 173 entre 44 y 45. Los fines de semana Arturo *Patulo* Rave y Alfredo Revoredo militantes de la UES Berisso, realizaban trabajos sociales en esta unidad básica y también colaboraban en la de Villa Zula.

El Negro o Rodolfo, como lo conocían sus compañeros, nacido el 17 de septiembre del 45 en Goya, provincia de Corrientes, empezó a cursar la carrera de abogado en la Universidad del Nordeste. Fue sorteado para cumplir el servicio militar y le tocaron dos años en Marina con destino en la Base Naval de Río Santiago. Esto motivó que se mudara a La Plata donde posteriormente retomó sus estudios en la Facultad de Derecho de la UNLP, hasta que se recibió. En el año 2010 a iniciativa de la agrupación “Memoria Universitaria del Nordeste en el Bicentenario”, se realizó por primera vez, 37 años después de la recuperación de la democracia, un homenaje a las 48 víctimas del terrorismo de Estado pertenecientes a esa casa de estudios, donde estaba incluido Arturo Baibiene, y se recordó a Juan José Cabral, estudiante de Medicina asesinado el 15 de mayo de 1969 cuando fue reprimida salvajemente una protesta estudiantil contra la privatización del comedor universitario. Su muerte fue una bisagra en la historia del país. El “Correntinazo” encendió la mecha de la protesta social, que continuó en Rosario y explotó en el “Cordobazo” del 29 de mayo, terminando con la dictadura de Juan Carlos Onganía. Arturo, nacido en la lucha política de esas jornadas, desarrolló su militancia en nuestra ciudad en Montoneros, asesoraba y llevaba adelante cuestiones jurídicas de los vecinos y de la organización. Fue asesinado a los 31 años en su casa de Berisso. El tío abuelo de Elba avisó a la familia Baibiene, residentes en Corrientes, que al no poder viajar y no haber familiares directos que retiraran el cuerpo, sus restos fueron depositados en el osario común.



Elba nació en La Plata el 9 de diciembre del 46, cursó el secundario en Bellas Artes y cuando conoció a Arturo, le faltaban pocas materias para recibirse de abogada. Su mamá estaba contenta porque su hija trabajaba en el Hipódromo platense, en el pabellón de la “Pelouse”, en la “mesa de cotizaciones”, lugar reservado para los socios del Jockey Club. Después de la renuncia del gobernador Bidegain, el reducto hípico se convirtió en un lugar peligroso. Pasó a ser uno de los refugios de la CNU (Concentración Nacional Universitaria), responsable entre otros, del asesinato en nuestra ciudad de Luisa Marta Córlica.

Lía y la Negrita fueron trasladadas al CCD “La Cacha”, nombrado así por la “Bruja Cachavacha”, personaje del dibujo animado “Hijitus”, y que tenía una escoba: *“la escoba que barre y borra, capaz de hacer desaparecer gente”*. Ubicado en las antiguas instalaciones de *LS11 Radio Provincia*, en las intersecciones de las calles 197 y ruta 36 entre 47 y 52, en terrenos del Servicio Penitenciario Bonaerense pegados a la cárcel de Olmos. “La Cacha” tenía una planta alta, una planta baja y un sótano. En la planta baja estaba el baño y el cuarto de los guardias donde tomaban mates y descansaban. En los demás pisos, estaban los secuestrados. Afuera una jauría de perros ladraba toda la noche. En un galpón, se llevaban a cabo las sesiones de tortura. *“Siempre había un interrogador de buenos modales, con una voz muy especial. Se llamaba ‘el Francés’. ‘El Amarillo’ era más violento cuando no respondías las preguntas. Al torturador ‘el Loco’ le decían”*, contó la ex detenida Patricia Rolli. “La Cacha” fue catalogada como uno de los centros de detención, tortura y exterminio más sofisticados de la dictadura debido a la coordinación y colaboración entre los servicios de inteligencia de las fuerzas represivas, del Ejército, Armada, Policía provincial, Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires y también con la Policía Federal. Allí estuvieron detenidas ilegalmente más de doscientas cincuenta personas. En 1981, prendieron fuego el lugar para no dejar evidencias.

Patricia, que compartió el colchón con Elba, la recordaba como una mujer alegre a pesar del horror, siempre con una sonrisa. No la llamaba por el nombre sino por el apodo: *Bichi*. *“Cuando mi hermana y yo nos enteramos que se hacía llamar Bichi dijimos: ¡ah, qué bárbaro! Después se lo dijimos a nuestro abuelo, a la familia, y todos estallaron en llanto. Bichi es como le decía mi papá, un hermoso homenaje de amor”*, declaró Ramón Baibiene, abogado como su padre y querellante en el juicio por los crímenes de lesa humanidad cometidos en “La Cacha”. Patricia tenía algo para darles y no eran sólo las pequeñas grandes anécdotas del último lugar en que Elba fue vista con vida; poseía algo mucho más valioso. Durante los días previos, buscó entre sus alhajas un par de aritos. Seguramente recordó la historia de cómo los consiguió. Un día, en “La Cacha”, Elba le propuso intercambiar los aritos con la promesa de que aquella que resultara sobreviviente, se comprometería a dárselos a la familia. Sólo encontró uno. *“Cuando Patricia nos dio el arito, fue como si nos devolvieran el cuerpo de mi mamá”* se emocionó Leticia.

La familia Ramírez Abella fue desmembrada por el terrorismo de Estado. Tres jóvenes mujeres, militantes montoneras, fueron perseguidas, secuestradas y desaparecidas: Elba y Alicia que eran hermanas y su prima María Nélica (*Maneli*). También los compañeros de las tres fueron desaparecidos por la dictadura. Al caso de Elba y Arturo le siguió el 6 de diciembre del 77, el de Alicia y Héctor Daniel Cassataro; y el 29 del mismo mes y año desaparecieron María Nélica y Osvaldo Nereo Depratti. Los represores se apoderaron de los chicos de las parejas y sólo la búsqueda de los Ramírez Abella impidió que terminaran apropiados. Leticia y Ramón (hijos de Elba y Arturo), Juliana y Rosana (hijas de Alicia y

Héctor Daniel) y Arturo (hijo de Maneli y Osvaldo) pudieron retornar con lo que quedaba de su familia. Los tres matrimonios militaban en distintas unidades básicas de Berisso. Todos los chicos integraron la agrupación HIJOS. Haydee, la tía de Elba y Alicia, se unió al grupo de Madres de Plaza de Mayo hasta que falleció. Después de su muerte, sus cenizas fueron esparcidas en Plaza de Mayo.

Leticia le respondió al Juez Carlos Rozanski, *“nada me impide decir la verdad, cuando era chiquita me costaba mucho ser feliz, traicionaba a mi mamá si era feliz. Que apareciera mi mamá siempre fue una fantasía, pero cuando nació mi hija ahí sentí por primera vez la necesidad material de tener una mamá (...) cuando uno sabe la verdad, por más terrible que sea, uno la tiene ahí: la mira, se aleja, vuelve y hay un momento en donde uno la puede procesar. Pero no saber qué pasó, es la angustia más terrible y más dolorosa. Saber debería ser un derecho para todos nosotros. Este juicio es para todos nosotros muy importante. Como un triunfo. Nunca pensamos que íbamos a llegar a tener un juicio con castigo. A mí no me contaron esto del miedo que sentí ese día. Y hoy poder estar acá, contando los que nos pasó, pudiendo ponerle nombres, apellidos, caras. Estar acá cerquita de estos, no sé cómo llamarlos, de estos seres, lo siento como un triunfo de 37 años de lucha. El recuerdo más fuerte que tengo de ellos es todo el amor que tenían para mí y para su militancia, lo cual era incluyente, militaban por y para nuestro futuro, para que estemos mejor, siempre nos quisieron callar pero estamos acá, felices, con mucha alegría y orgullosos”*.

ALBERTO ENRIQUE PAIRA Y LILIANA PIZÁ

Alberto Enrique Paira, hijo de un suboficial de la Aviación Naval y de una descendiente de inmigrantes de la ciudad de Trieste de quien heredó sus rasgos, nació en Bahía Blanca el 10 de enero de 1956, lugar que eligieron sus padres que recién casados se instalaron en la zona donde estaba la Base Naval de Puerto Belgrano. El Ruso perteneció al grupo de los “Scouts San Jorge” conformado alrededor de la iglesia Nuestra Señora del Carmen



del barrio de “La Loma” (barrio Sánchez Elia). Fue miembro de la Juventud Estudiantil Católica, estudiante de la Escuela Industrial N°1 “César Cipolletti” de Bahía Blanca. Con su hermano formaron la UES de la zona. Militante de Juventud Peronista y Montoneros, se ganaba la vida como técnico electricista. Fue responsable del frente gremial en nuestra región. Había reorganizado las agrupaciones sindicales en Berisso y Ensenada. Consideraba que en el movimiento obrero de la zona, los ejes no debían ser Propulsora y Astillero, sino el Frigorífico Swift y la gente de YPF, porque tenían una tradición de lucha y en sus talleres se respiraba peronismo. El *Negrito* Herrera, delegado en el frigorífico, militaba en la unidad básica “Descamisados” de la calle Nueva York, se acordaba que *“el Ruso estaba organizando la CGT de la Resistencia”*. Estaba casado con Liliana Pizá, *la Negra*, nacida un 25 de mayo de 1952 en Río Colorado, provincia de Río Negro. Estudiaba Licenciatura en Filosofía y Licenciatura en Economía en la Universidad Nacional del Sur (UNS), fue dirigente de la Juventud Universitaria Peronista. Cuando la represión y la persecución a la pareja se pusieron más pesadas, la organización resolvió trasladarlos primero a Mar del Plata y luego a nuestra zona. Aquí los compañeros solidariamente los recibieron y les brindaron cobijo, primero Adelina Dematti de Alaye, la mamá de Carlos Alaye, que cuidó de Liliana durante su embarazo, la acompañó en todo lo que puede acompañarse en momentos tan delicados como los que vivía la pareja, compartió la alegría de elegir las batitas, los escarpines y escucharon juntas el primer llanto de Julia. También compartieron la vivienda con Elba y Arturo Baibiene, en la casa donde los encontraría la Fuerza de Tareas N°5, junto a la pequeña Julia de 5 meses.

Los padres de Alberto, después que los chicos se mudaron a La Plata, decidieron volver a Santa Fe de donde eran oriundos. Una llamada telefónica les avisó que su hijo mayor, al que cariñosamente llamaban *Fraymo*, había sido asesinado en un tiroteo con fuerzas de seguridad. El cuerpo ametrallado de Alberto Paira, asesinado en ese falso enfrentamiento, le fue entregado a su familia con la condición de que lo enterraran como NN, y así lo hicieron en el cementerio de Santo Tomé, provincia de Santa Fe.

Liliana estuvo en el CCD “La Cacha” donde fue vista por las sobrevivientes Patricia Rolli y María Elvira Luis. Aparentemente, en algún momento a Liliana la sacaron de “La Cacha” y luego la regresaron, durante esa ausencia podría haber estado en el CCD “La Escuelita” de Bahía Blanca. Según Patricia, *“la Negrita de Bahía, había sido muy golpeada en la tortura y le habían fracturado dos costillas. Anteriormente a su desaparición, su hermana Diana y su padre, habían sido encarcelados a disposición del PEN (Poder Ejecutivo Nacional). Al padre de Liliana le preguntaban por el paradero de ella, diciéndole que si decía dónde estaba lo dejaban en libertad. No habló, no entregó a su hija y estuvo en la cárcel de Rawson sin motivo alguno por un año y medio. El 8 de mayo del 77, a los pocos días de la desaparición de Liliana, fue liberado. Con el regreso de la democracia escribió un libro sobre su hija titulado Liliana ¿dónde estás?”*.

Diana, en el juicio por delitos de lesa humanidad cometidos en el CCD “La Cacha”, contó los detalles del martirio familiar: presentaciones y súplicas en Naciones Unidas, gobernadores, el Episcopado, el Papa, ministros y hasta Videla. *“Todo fue negativo”*, dijo la tía de Julia, que empezó a buscar a Liliana el 21 de agosto de 1980, el día siguiente en que salió de la cárcel. *“Tuve que aprender a vivir la vida sin una mitad. Yo siempre digo que Liliana va a terminar de desaparecer el día que yo no esté más. Si el delito es permanente, el dolor también lo es”*. Diana mirando a los ojos de los jueces, dijo con pasión: *“Es muy bueno para*

mi estar hablando de frente a ustedes y con los torturadores atrás. Porque han sido demasiadas las veces que he tenido que hablar con ellos delante, torturándome”.

El portal de noticias Infojus describió con certera precisión lo sucedido en aquella audiencia: *“Julia Pizá es hija de un hombre fusilado y una mujer desaparecida en ‘La Cacha’, sobrina de Diana, presa y torturada en Devoto y de Víctor Tomaselli, un muchacho preso y torturado en Rawson. También es la nieta de dos viejitos que murieron de tristeza gritando por su mamá. Cada 25 de mayo, la familia Pizá brindaba por partida doble: por el cumpleaños de la revolución de Mayo, y el de Liliana, la mayor de las hijas de Pablo Alberto y Dionisia Prats. Pero en 1977, ese día que solía ser feliz sólo era el signo patente de la tragedia: Liliana cumplía años lejos de su casa, en un lugar incierto, si es que aún los cumplía, y la patria se había vuelto un sitio clandestino y hostil, el reverso deforme del país que habían soñado los próceres de mayo y por el que habían militado activamente todas las generaciones de la familia. Estaba por cumplirse un mes que no sabían nada de ella. El mismo tiempo que sabían que, su pareja, había sido ejecutado, desarmado, en una zanja de la ciudad de Berisso. Tampoco tenían noticias de Julia, la hija pequeña de la pareja. Julia contó su tragedia familiar con una frescura sabia, como de niña vieja. Nació el 1 de noviembre de 1976 en La Plata, donde sus padres y su tío Daniel, habían llegado huyendo de la represión. Su padre no pudo ir a inscribirla porque era peligroso. ‘Por eso soy Julia Pizá, y no Paira’, explicó. Pasó cuatro días en una casa con Leticia y Ramón Baibiene, los hijos de Elba y su pareja Arturo Baibiene, no sabe dónde. Julia llegó a los brazos de su abuelo materno el 20 de julio porque Leticia Baibiene, con tres años y medio, le advirtió a su abuelo, que había llegado a la Casa Cuna a buscarlos, que no se iría de allí ‘sin su prima’. Yo le debo a Leticia la vida que tuve. Le debo estar acá pidiendo justicia, dijo 37 años más tarde, en uno de los momentos más conmovedores de su testimonio”.*

“No hay fotos de mi mamá embarazada ni de mis papás juntos” reconoció Julia, quien pudo reconstruir la historia de sus padres a través de un “relato maravilloso, pero limitado” de sus familiares y compañeros de militancia: Patricia Rolli, Raúl Elizalde, Adelina Alaye, cuyo hijo militaba con su padre. Cada recuerdo fue un cristal pequeño pero vital en un pasado de vajilla rota. “Estuve toda la vida mirando las fotos de mi pieza. Por los relatos de mis abuelos, de sus amigos de la infancia, eran fotos de militantes coherentes, de personas hermosas”. Patricia le contó que algunas noches, cuando no estaban las guardias más impudicas, en “La Cacha” cantaban y tocaban la guitarra y que Liliana siempre pedía una canción: Palabras para Julia, el poema del español José Agustín Goytisolo, que cantaba Mercedes Sosa. “Todo lo que dice esa canción es muy significativo para mí”, dice Julia. “En el fondo, los HIJOS nunca dejamos de esperar. Y eso es lo nefasto de este plan sistemático, y lo exitoso también. El día que murió de cáncer, con 97 años, mi abuelo gritaba el nombre de mi mamá. Mi abuela, con 92 años, ni un fin de semana dejó de preguntarme si había alguna novedad”. De su papá Julia tiene una foto de enero de 1977, más que un tesoro, y un sueño recurrente: él llega a su casa, o se va, quién sabe, en un antiguo Citroën celeste. A Liliana la soñó poco: todas las veces regresa. Suena el timbre y cuando se abre la puerta la ve. Es mucho más joven que ella. “Me crié en una familia maravillosa, con la verdad, en la búsqueda de la justicia”, dijo Julia al finalizar su testimonio y reconoció que están “agradecidos a este momento histórico donde los derechos humanos son política de Estado. Necesitamos, para poder finalmente hacer el duelo, que en este juicio se declare que mi mamá fue asesinada y que las personas que tengo atrás y el resto de los responsables, sean culpados por homicidio”.

Su hermana Diana y su hija Julia, brindaron testimonio en marzo del 2014 en el juicio por delitos de lesa humanidad cometidos en el CCD “La Cacha” de la localidad de Olmos, en La Plata. El mismo año se conoció el veredicto del juicio. Los condenados fueron 15 a cadena perpetua, un absuelto y cinco con penas menores. El fallo ordenó quitar jubilaciones y pensiones y exhortó a convertir “La Cacha” y “el Destacamento 101” en sitios de la memoria.